

“Haremos lo posible para asegurar y tranquilizar la frontera”. La defensa de la frontera bonaerense durante la década de 1850.

en Garavaglia, Pro Ruiz y Zimmerman (ed). *Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado: America Latina en el siglo XIX*. Rosario, Prohistoria, 2012, pp. 357-380

Silvia Ratto (CONICET/UNQ)

“estos hombres que compongan nuestra columna expedicionaria a escarmentar a los salvajes... deben de ser guardias nacionales de la campaña, gauchos todos de a caballo; para esta expedición no se precisan batallones de línea, compuestos de negros o blancos, afeitados ala francesa ni menos recortados el pelo a la misma moda; precisamos hombres gauchos de a caballo, de bola y lazo para cuando se ofrezca y entonces tendremos el triunfo”.
Juan Aguilar, jefe del 1er regimiento del norte, al juez de paz de 25 de mayo, Felix Haedo, 19 de abril de 1857.¹

Introducción

El teniente coronel Juan Aguilar se había desempeñado desde tiempos rosistas en la defensa de la frontera y su apreciación sobre cuál era la fuerza militar más eficaz para la guerra con los indígenas cobraba particular importancia en el contexto en que se inscribía: la nueva dirigencia porteña tenía concepciones muy claras –y diferentes a las del período anterior– sobre la importancia y la efectividad de los cuerpos de línea dentro de los ejércitos en desmedro de las milicias “montoneras”. En ese sentido, Bartolomé Mitre, quien se desempeñó como Ministro de Guerra durante el gobierno de Pastor Obligado (1853-1858) ya había planteado su posición desde su exilio en Montevideo. Para el futuro presidente de la nación, los ejércitos revolucionarios habían triunfado gracias a la infantería “el arma de las batallas”, la artillería “núcleo de los puntos fuertes” y la caballería “que completaba la victoria”. Pero agregaba que si la caballería en algunas oportunidades había adquirido un rol fundamental en algunas batallas, se trataba de “la *caballería reglada*, mandada por hombres de inteligencia y educación, no la *caballería de montonera* la que mas tarde se ha querido honrar con el nombre de *caballería americana*; no, son los Dragones de la Patria, son los Granaderos a Caballo, los Husares de Junin, los Escuadrones del Ejército Republicano, instruidos, disciplinados militarmente, mandados por militares completos, ninguno por

¹ Archivo Mitre (en adelante *AM*), Buenos Aires, Biblioteca de la Nación, 1912, Tomo 15, pág. 60.

baqueanos ninguno por caudillejos”.² Esta concepción derivó en un cambio sustancial en la forma en que se organizó, a partir del movimiento separatista de septiembre de 1852, la estructura defensiva de la frontera. La opinión de Aguilera no era vana sino que se hacía eco de la escasa efectividad que tenían las fuerzas al espacio fronterizo que desde el año 1855 no lograban hacer frente a una agresividad indígena en creciente aumento. Situación que contrastaba claramente con lo sucedido durante el gobierno de Rosas cuando se había logrado una relativa estabilidad en las relaciones interétnicas en virtud de su política del Negocio Pacífico que articulaba dos estrategias claves para la seguridad de la frontera. En primer lugar, se había implementado el uso mayoritario de lanceros indígenas y de milicianas en la defensa fronteriza lo que reportaba una gran ventaja ya que los primeros tenían un conocimiento muy preciso del tipo de enfrentamiento que debía realizarse. Pero, en segundo lugar, Rosas había logrado organizar una red informativa que cruzaba toda la pampa llegando incluso a la Araucanía lo que le permitía conocer con bastante eficiencia los movimientos de grupos indígenas que podían llegar a protagonizar ataques de envergadura sobre los establecimientos rurales³.

Poco antes de la caída de Rosas, algunas modificaciones de ese esquema de relaciones interétnicas que tuvo el nombre de “negocio pacífico” provocaron una cada vez mayor ineficiencia en la red informativa. Esto se debió a un distanciamiento del gobernador del trato directo con los principales caciques que articulaban estos contactos diplomáticos y al establecimiento en las Salinas Grandes del cacique Calfucurá que, aun cuando se había incorporado rápidamente al sistema de racionamiento del negocio pacífico, mantuvo una muy tenue fidelidad hacia el gobierno bonaerense. De manera que la posibilidad de prevenir los malones fue cada vez más difícil y a lo largo de los últimos años de la década de 1840 pequeñas incursiones cayeron sobre las estancias del sur de la provincia de Buenos Aires. La dificultad por advertir con anterioridad los ataques se incrementó luego de la separación entre la provincia porteña y la Confederación por la alianza que estableció Urquiza con los principales caciques de las pampas.

Pero además, luego de 1852, el cambio en la dirigencia porteña derivó, en pocos años, en la aparición de una nueva camada de oficiales militares poco formados en la experiencia concreta de la guerra de fronteras y, además, con una concepción muy diferente sobre la

² *La Nueva Era*, Montevideo, 11 de febrero de 1846. Agradezco a Mario Etchechury el haberme facilitado esta documentación.

³ Para ambos temas remitimos a nuestros trabajos, Una experiencia fronteriza exitosa: el Negocio Pacífico de Indios en la provincia de Buenos Aires (1829-1852). *Revista de Indias* vol. LXIII, No. 227, 2003, pp. 191=222. y “Soldados, milicianos e indios de “lanza y bola”. La defensa de la frontera bonaerense a mediados de la década de 1830”, en *Anuario IEHS*. No.18, 2003, pp. 123=152.

política a seguir con los indígenas. Esta concepción fue la que se impondría en 1867 mediante la promulgación de la ley 215 de avance de la línea fronteriza hasta el Río Negro y, más tarde, en el diseño de la llamada “Conquista del Desierto”. Si bien es cierto que, como planteara Pedro Navarro Floria⁴, no existió entre los representantes en el Congreso, una visión monolítica sobre el curso a seguir con los líderes indígenas, los principales dirigentes porteños tenían una visión sumamente negativa del “negocio pacífico” rosista y como se planteara en trabajos recientes⁵, el mantenimiento de ese esquema se debió más a la imposibilidad de encarar una acción militar ofensiva sobre los líderes nativos más hostiles que a una decisión deliberada de continuar con el racionamiento de aquellos.

Entre 1853 y 1861, el gobierno de Buenos Aires debió enfrentar dos problemas recurrentes: la defensa de la frontera y el conflicto con la Confederación Argentina, problemas que, en determinados momentos, se conjugaron por la alianza establecida entre Urquiza y Calfuquí. Para hacer frente a los enfrentamientos directos producidos en la frontera y/o para prevenir los ataques de las fuerzas de la Confederación se debió recurrir a las fuerzas militares y milicianas con que contaba. Las disposiciones tomadas para conformar el ejército de línea y reglamentar la convocatoria y movilización de las Guardias Nacionales fueron constantes durante la década y reflejan el esfuerzo del gobierno por obtener las fuerzas militares necesarias y eficaces para estos enfrentamientos.

Es sabido que los avatares de la década de 1850 en la provincia de Buenos Aires no ha recibido aún un interés central en la historiografía argentina. Hasta hace muy poco, se contaba casi de manera exclusiva con los trabajos de Scobie y de Halperín Donghi⁶ pero en los últimos años han aparecido algunos estudios que tratan aspectos o coyunturas específicas en la historia de la provincia. Así, se cuentan en la actualidad con investigaciones en torno a la prácticas de sociabilidad y formación de la opinión pública en el ámbito urbano⁷; para el tema que nos interesa, contamos con análisis sobre la política indígena del gobierno

⁴ Navarro Floria, Pedro. “Continuidad y fin del trato pacífico con los indígenas de la pampa y la patagonia en el discurso político estatal argentino (1853-1879)” en *Anuario IEHS* 19, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Tandil, 2004, pp. 517-534.

⁵ Ratto, Silvia, “Ni unitarios ni rosistas. Estrategias políticas interétnicas en Buenos Aires (1852-1857)”, en *Estudios de Historia*, Vol. 13:2, UNESP, Franca, Brasil, 2006, pp. 1-333; Ingrid de Jong, Sol Lanteri, Victoria Pedrotta y Silvia Ratto, “Políticas oficiales y territorialidad indígena en la frontera sur bonaerense durante el siglo XIX. El caso de Villa Fidelidad (1856-2009)” en *Jornadas de Estudios Indígenas y coloniales*. Jujuy, noviembre 2009; Belloni, Carolina, “La política indígena del Estado de Buenos Aires en la frontera sur. Azul y Tapalqué entre 1852 y 1862”, Tesis de licenciatura, UBA, 2010

⁶ Scobie, J, *La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina, 1852-1862*, Buenos Aires, Hachette, 1964; Halperín Donghi, Tulio, *Una Nación para el desierto argentino*. Buenos Aires, Prometeo, 2005.

⁷ Gonzalez Bernaldo de Quirós, Pilar, *Civilidad y política en los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*. México, FCE, 2000; Lettieri, Alberto, *La república de la opinión. Política y opinión pública en Buenos Aires entre 1852 y 1862*. Buenos Aires, Biblos, 1998.

bonaerense y los cambios en las estrategias de los líderes nativos⁸; la reconfiguración de las alianzas políticas en la campaña a comienzos del sitio de Lagos⁹; la creación y función de las Guardias Nacionales¹⁰ y unos iniciales planteos sobre las prácticas organizativas y las condiciones del servicio militar y miliciano en la campaña bonaerense.¹¹

Con este trabajo se busca iniciar un estudio más sistemático de dicha década poniendo el foco en el análisis de la composición de las fuerzas militares utilizadas en la defensa de la frontera durante la década de 1850 con la finalidad de determinar los cambios y continuidades existentes con respecto al período rosista. En otras palabras, nos interesa determinar si el sistema defensivo implementado por Rosas -que había probado su eficacia durante su largo gobierno- fue mantenido o si se produjo, y por qué, un cambio en el mismo.

“Al menos haremos lo posible para asegurar y tranquilizar la frontera”.¹²

Durante el período que se extiende entre la batalla de Caseros –febrero de 1852- hasta la definitiva constitución del Estado de Buenos Aires como estructura separada de la Confederación Argentina –junio de 1853- el gobierno porteño mantuvo la política indígena anterior y los montos destinados a la política de racionamiento fue bastante similar al último año del gobierno rosista: en 1851, la partida del “negocio pacífico” había sido de \$473.627 y la del año siguiente había alcanzado a \$ 419.661,7. Los grupos nativos que siguieron siendo racionados con ganado y “vicios” respondían al cacique Calfucurá en Salinas Grandes; los tehuelches de Chocorí y Cheuqueta en el país de las Manzanas y a las agrupaciones reducidas en la frontera que, desde tiempos rosistas revistaban como unidades de lanceros indígenas cobrando un sueldo mensual por la tarea: en Federación, las divisiones de Llanquetruz y Trallao; en 25 de mayo, los lanceros de Cayupilqui y Teuque; en Bragado, la división de Collinao adjunta al regimiento de Blandengues. En la zona de Tapalqué se hallaban los

⁸ Ver nota 4.

⁹ Caletti Garciadiego, Bárbara, “La intervención de la población rural en la lucha política en los comienzos del sitio de Hilario Lagos a la ciudad de Buenos Aires, 1852-1853: formas de movilización, liderazgos y motivaciones”. Tesis de Licenciatura, UBA, 2010.

¹⁰ Sábato, Hilda, “El ciudadano en armas: violencia política en Buenos Aires (1852-1890)”, en *Entre pasados. Revista de historia*. No 23, 2002, pp. 149-169 y “Milicias, ciudadanía y revolución: el ocaso de una tradición política. Argentina 1880” en *Ayer, Revista de Historia Contemporánea*, No 70, 2008.

¹¹ Garavaglia, Juan Carlos, “La apoteosis del Leviathan: el Estado de Buenos Aires durante la primera mitad del XIX”, “Ejército y milicia: los campesinos bonaerenses y el peso de las exigencias militares (1810-1860)”, “De Caseros a la guerra del Paraguay: el disciplinamiento de la población campesina en el Buenos Aires pos rosista (1852-1865)”, “El despliegue del Estado en Buenos Aires: de Rosas a Mitre”, en Garavaglia, J.C., *Construir el estado, inventar la nación. El Río de la Plata, siglos XVIII-XIX*. Buenos Aires, Prometeo, 2007. Fradkin, Raúl, “Ejércitos, milicias y orden social en el Río de la Plata (1760-1880), mimeo, 2009; Míguez, Eduardo, “La frontera sur de Buenos Aires y la consolidación del Estado liberal, 1852-1880” y Fradkin, R. “Notas para una historia larga: comandantes militares y gobierno local en tiempos de guerra, ambos en Bragoni, B y E. Míguez, *Un nuevo orden político. Provincias y Estado Nacional 1852-1880*. Buenos Aires, Biblos, 2010.

¹² Pastor Obligado a Bartolomé Mitre, 5 de junio de 1855, *AM*, Tomo 15, p.68-69

grupos pampas de Catriel y Cachul y en las cercanías de Bahía Blanca, grupos que habían pertenecido al cacique chileno Venancio, los que percibían raciones mensuales pero no integraban cuerpos milicianos de manera estable sino que eran convocados en determinadas coyunturas siendo recompensados por ese servicio puntual.¹³

Mientras la política indígena se mantuvo inalterada, se produjo una modificación fundamental en cuanto a la estructura defensiva de la frontera con el decreto del 17 de marzo de 1852 que estableció la disolución de las milicias en todo el ámbito de la provincia -incluidos los partidos de frontera- mientras se llamaba al enrolamiento en las nuevas Guardias Nacionales. Estas habían sido creadas poco antes, el 8 de marzo de 1852, y en lo relativo a su enrolamiento y excepciones, siguieron rigiéndose por la ley de milicias del año 1823. Fundada en la noción del “ciudadano en armas”, la Guardia Nacional integraba junto a los cuerpos de línea, el ejército provincial. Si bien “Ambas instituciones tenían funciones diferentes y, sobre todo, representaban dos formas diferentes de entender el poder de coerción del Estado”, “Estas diferencias en varios planos no necesariamente se correspondían en clivajes efectivos”¹⁴ y de hecho, como había sucedido con las milicias anteriores, las prácticas de los dos tipos de cuerpos se asemejaban bastante en el servicio de frontera, desdibujándose sus contornos.

Si bien la normativa anterior buscaba reemplazar un cuerpo miliciano por otro, el tiempo que podía mediar entre el licenciamiento de las antiguas milicias y la definitiva organización de los nuevos cuerpos ciudadanos dejaba, por lo menos a los partidos de frontera, en una situación de seria indefensión debido a que los cuerpos de vecinos armados habían sido, en la etapa anterior, la fuerza principal que se ocupaba de la seguridad en la campaña. En abril de ese año el coronel Hilario Lagos informaba al ministro de Guerra, Manuel Escalada, que sin fuerzas no podía defender la campaña y que “si llega el caso de una invasión no podrá ser responsable ya que se halla enteramente solo para detenerla”.¹⁵

Poco después, un malón conformado por indios salineros, ranqueles y boroganos cayó sobre Bahía Blanca provocando la pérdida de una cantidad importante de ganado y la toma de cautivos criollos e indígenas familiares del cacique amigo Ancalao asentado en las cercanías del fuerte desde la década de 1830. La sorpresa del ataque no permitió organizar

¹³ Para la actuación de los grupos pampas en la represión del levantamiento de los Libres del Sur, ver Gelman, Jorge, “La rebelión de los estancieros contra Rosas. Algunas reflexiones en torno a los Libres del Sur de 1839”, en *Entre pasados. Revista de historia*. No. 22, 2002, pp. 113-144.

¹⁴ Sábato, Hilda, “Milicias...?”.

¹⁵ Archivo General de la Nación (en adelante AGN), X, 18.4.7. Un estudio muy puntual en torno a los primeros momentos de organización militar/miliciano en la campaña se puede encontrar en Caletti Garcadiago, B, “La intervención...”.

una eficaz defensa ni emprender la persecución de los ladrones pero se pudo apresar a algunos de los atacantes, entre ellos a un sobrino y un hijo del cacique Calfucurá.¹⁶ El resto del año transcurrió en calma y en el mes de septiembre –cuando se había producido la revolución separatista en rechazo a la política urquicista-, Pedro Rosas y Belgrano, juez de paz de Azul, informaba sobre la misión diplomática que estaba desempeñando Manuel Delgado en las tolderías de Calfucurá. Luego de esa fecha, es difícil encontrar mención a nuevos contactos interétnicos lo cual es lógico si se tiene en cuenta que luego de revolución porteña de septiembre se produjo el levantamiento rural dirigido por Hilario Lagos que se extendió hasta junio de 1853. En este contexto, durante la primera mitad del año, los libros contables de Buenos Aires no registran ningún “gasto de indios”. La abrupta suspensión de las raciones pudo haber incentivado a que los principales líderes indígenas estuvieran más proclives a aceptar una alianza con Urquiza quien, en una estrategia por debilitar a las fuerzas porteñas, apoyó y/o incentivó un malón sobre el sur de la provincia de Buenos Aires, espacio claramente a favor del separatismo porteño.¹⁷ El malón fue protagonizado por una partida de cerca de 4000 indios y según los informes de los pobladores que pudieron refugiarse, el malón era dirigido por Calfucurá y los ranqueles Baigorria y Pichun. Las pérdidas alcanzaron a unas 100.000 cabezas entre yeguarizos, vacunos y ovinos, además de gran cantidad de familias que habían sido cautivadas.

El gobierno de Pastor Obligado entre 1854 y 1857 no fue precisamente un período de quietud y paz ni en la frontera ni con la Confederación.¹⁸ Durante ese período se realizó una reorganización de las fuerzas de caballería de línea en tanto las fuerzas de infantería y artillería de línea siguieron la normativa de años anteriores.¹⁹ Estos cuerpos tenían su sede en cuarteles de la ciudad de Buenos Aires y eran movilizados según las necesidades coyunturales del gobierno. En cuanto a la caballería, constaría de cuatro regimientos divididos en 3 escuadrones de dos compañías que debían tener 70 hombres cada una: Dragones, Blandengues –ya existente- Húsares y Coraceros.²⁰ Esta estructura implicaba la

¹⁶ AGN,X,18.4.8

¹⁷ Sobre los alineamientos rurales durante el sitio de Lagos ver Caletti Garciadiego, B, “La intervención...”

¹⁸ El fin de sitio de Lagos no implicó el abandono de las hostilidades y fuerzas de la Confederación intentaron invadir el territorio bonaerense en noviembre de ese año, en julio y octubre de 1855 y en enero del año siguiente.

¹⁹ En noviembre de 1852 se había organizado la fuerza de infantería en 3 batallones con 632 plazas cada uno Decreto de 11 de noviembre de 1852 y en agosto de 1853 se había establecido la creación de dos brigadas de artillería: Artillera de Plaza y Artillería Ligeras.

²⁰ Con estas creaciones se pensaba organizar una fuerza de caballería de 3.500 hombres. Sin embargo, a fines de 1855, la fuerza efectiva distaba del número ideal pensado por el gobierno. De los 432 efectivos que debía tener cada regimiento, el de Coraceros contaba con 368, el de Dragones con 256, el de Húsares con 193 y el de Blandengues, 409. El éxito de este último en cuanto a la cantidad de efectivos puede deberse a que era un regimiento ya existente que solo debió reorganizar sus compañías y completar la dotación.

cantidad de 435 plazas –incluyendo la oficialidad- por cada regimiento y 1740 efectivos en total de caballería de línea. La organización de estos regimientos debía hacerse, en algunos casos, mediante la unificación de unidades ya existentes. El regimiento de Dragones debía crearse sobre la base de los cuerpos de Dragones de San Nicolás, de Buenos Aires y del Tandil; el de Blandengues, en actividad, solamente debía aumentar sus efectivos hasta el número establecido en el decreto; el regimiento Húsares del Plata se creaba sobre la base del escuadrón Escolta de Gobierno y del piquete veterano del regimiento 8 de Guardias Nacionales y el de Coraceros mediante la incorporación de parte del regimiento Dragones del Tandil y nuevas altas realizadas con los tradicionales mecanismos de alistamientos voluntarios y, en caso de no ser suficientes, de contingentes de destinados enviados por los jueces de paz en castigo por delitos comunes.²¹

Pero este ejército “ideal” distaba mucho de la realidad. La tarea de los oficiales encargados de la organización de los nuevos regimientos no parece haber sido muy sencilla. La indisciplina de algunos cuerpos y la dificultad por completar los cupos mediante el recurso al alistamiento voluntario y los enganches eran algunos de los inconvenientes mencionados por los militares. En la comandancia del norte, un mes después de conocida la reglamentación para la formación de los regimientos de caballería de línea, Cruz Gorordo informaba sobre la fuerte indisciplina que reinaba en algunos cuerpos. En ese sentido, el escuadrón Dragones de Tandil que debía formar parte del nuevo regimiento parecía, según Gorordo, *“una montonera, la mas desordenada; ellos pelean en pacotillas, por las calles matan y roban asi que a mi llegada a esta me vi en la necesidad de castigar a uno con 500 palos para poder contener esta horda de salteadores”*.²²

El envío de estos Dragones de Tandil hacia el norte había producido cierta desprotección en la zona sur donde, Wenceslao Paunero, se hallaba en la tarea de organizar el regimiento de Coraceros. En febrero de 1855, con las fuerzas existentes se había podido organizar un cuerpo de poco más de 310 efectivos y *“hasta 432 que fija el decreto orgánico, hay un hueco que llenar que unido a la necesidad de remontar el piquete de artillería no dejan mucho espacio para levantar compañías de infantería. Digo todo esto porque quiero manifestarle los embarazos que experimentamos para aumentar la fuerza existente, las dificultades insuperables para crear nuevas”*.²³ Las dificultades no se superaron rápidamente y a fines de 1855, la fuerza efectiva de caballería de línea distaba del número ideal pensado por el gobierno. De los 432 efectivos que debía tener cada regimiento, el de Coraceros

²¹ Registro Oficial del Estado de Buenos Aires, en adelante *ROBA*, 26 de enero 1855, p. 9-14.

²² Gorordo a Mitre, San Nicolás, 26/2/55, *AM*, Tomo 15, p. 125.

²³ Paunero a Mitre desde Azul, 2/2/55. *AM*, Tomo 15, p. 178.

contaba con 368, el de Dragones con 256, el de Húsares con 193 y el de Blandengues, 409. El éxito de este último en cuanto a la cantidad de efectivos puede deberse a que era un regimiento ya existente que solo debió reorganizar sus compañías y completar la dotación.

A diferencia de las armas anteriores –artillería e infantería-, los regimientos de caballería tenían sede en las tres comandancias de frontera que también se habían creado a comienzos de 1855.²⁴ La del Norte, comprendía desde San Nicolás hasta Federación inclusive, estaba a cargo del coronel Cruz Gorordo y las fuerzas afectadas a la defensa del territorio eran el Regimiento de caballería de Dragones, las milicias de caballería del Regimiento 5 (correspondiente a los partidos de San Nicolás, Salto, Pergamino, Rojas y Federación), Regimiento 4 (Arrecifes) y a la Guardia Nacional de Infantería de los pueblos de dicha frontera. La comandancia del Centro tenía jurisdicción entre Federación y el Fortín Esperanza inclusive y se dejó a cargo de Laureano Díaz. Las fuerzas afectadas a su servicio eran el Regimiento de Blandengues y los regimientos de Guardia Nacional de caballería e infantería No 6 (Chivilcoy, Bragado y 25 de mayo) y 8 (Navarro, Flores, Saladillo). Finalmente, la comandancia Sur abarcaba desde el fortín Esperanza hasta Bahía Blanca ²⁵ y era ejercida por Julián Martínez. Estaban destinados a su servicio los Regimientos de Coraceros y Húsares del Plata y los regimientos de Guardias Nacionales de caballería e infantería No 11 (Azul, Tapalque y Las Flores), No 14 (Lobería y Chapaleufu) y No 13 (Marchiquita, Tuyu y Ajó).

Acompañando los cambios organizativos de inicios del año 1855 también se llevó a cabo una reorganización de los regimientos de Guardias Nacionales de la campaña para lo cual se disolvieron los existentes debiendo realizarse un nuevo empadronamiento. Y, como se ha señalado, reflejando la tenue línea que separaba los dos cuerpos del ejército, se establecía que los que no cumplimentaran el empadronamiento hasta el 15 de febrero serían considerados *“infractores de las leyes ... y destinados en consecuencia al servicio de las armas”*. La misma pena tendrían los que no hubieran concurrido a *“formar parte de los contingentes del ejército en campaña, del mismo modo que los desertores de dichos contingentes o los que después de haberse enrolado se hayan evadido del servicio ausentándose del partido sin conocimiento de las autoridades todos los cuales serán destinados al servicio de las armas con arreglo a las disposiciones vigentes”*. El peso del servicio de frontera quedaba también evidenciado en que la disolución de los cuerpos de

²⁴ ROBA, 26 de enero 1855.

²⁵ Llama la atención que el fuerte de Carmen de Patagones no figure dentro de la estructura de comandancias organizada desde el estado lo que hace referencia a la su situación de enclave, señalada para la primera mitad del siglo XIX se mantenía aún en este período.

Guardias Nacionales no se extendía “... a los jefes ni comandantes militares que manden fuerza de Guardias Nacionales sobre la frontera del estado respecto de lo cual se proveerá lo conveniente por instrucciones”.²⁶

A inicios del año 1855, los vecinos de Tapalqué solicitaron avanzar el cantón 6 leguas hacia el sur sobre tierras ocupadas desde hacía dos décadas por los grupos nativos de Catriel.²⁷ El pedido encontró una respuesta favorable en el gobierno –y fundamentalmente en el ministro de guerra, Bartolomé Mitre- que aprobó el plan procediendo al desalojo de los grupos catrieleros. Este hecho derivó en el segundo malón de importancia del período e inauguró un período de conflictividad que se extendió por un año. En mayo de 1855, fuerzas indígenas dirigidas por Calfucurá²⁸ –engrosadas por los grupos catrieleros que se habían sublevado en oposición al avance fronterizo- avanzaron por Azul y Tandil llevándose 60.000 vacunos y 150 cautivos según las estimaciones oficiales²⁹. Para hacer frente a los ataques se organizó el Ejército de Operaciones de la Frontera, nombrándose como jefe del Estado Mayor a Emilio Mitre. El nuevo ejército estaba conformado por varias divisiones de artillería y caballería y para hacer frente a los gastos en sueldos y rancho fue necesario destinarle partidas extras del presupuesto. En la sesión de la cámara de diputados del 3 de octubre, el ministro de guerra solicitaba el traspaso al ramo de fronteras de partidas excedentes de otros rubros como artillería, infantería, vestuario, armamento, municiones y enganches. Y expresando de manera clara su visión sobre la política indígena anterior agregaba que “*todas las cantidades del negocio pacífico pueden acumularse a las mayores atenciones que tiene el servicio público hoy*” porque “*del negocio pacífico ya he dicho que es una partida que no tiene objeto...*”.³⁰

Pero, a pesar del acrecentado número de fuerzas militares, no se logró vencer la ofensiva indígena. La composición del ejército enviado al extremo sur era la siguiente:

CUADRO 1. FUERZAS ASENTADAS EN LA REGIÓN SUR DE LA FRONTERA (AZUL- TAPALQUÉ- BAHIA BLANCA). OCTUBRE 1855³¹.

²⁶ ROBA, 23 de enero 1855, p. 7-9.

²⁷ Los caciques pampas Catriel y Cachul habían sido los principales interlocutores de Rosas en el armado de su negocio pacífico y dirigían los grupos más numerosos de indios amigos que se habían asentado en la campaña desde inicios de la década de 1830; en el Registro Estadístico del año 1854 se mencionaba que existían cerca de 6000 indios pampas –correspondientes a estos caciques- en la región de Azul.

²⁸ Para una discusión sobre la naturaleza y alcances de la llamada “Confederación Indígena de Calfucurá” remitimos a de Jong, Ingrid y S. Ratto, “Redes políticas en el área Arauco-pampeana: la confederación indígena de Calfucurá (1830-1879)”, en *Intersecciones en Antropología* 9:1-2, 2008. Facultad de Ciencias Sociales, UNCPBA., pp 241-260

²⁹ Para más detalles sobre esta conflictiva coyuntura fronteriza ver Belloni, C. “La política...”

³⁰ Cámara de Diputados, 3 de abril de 1855, p. 75.

	Cuerpo	Efectivos	Porcentaje
Ejercito de Linea	Batallon 2 de infant.	331	
	Batallon 1 de infant. (cia de cazadores)	56	
	Reg Coraceros de caballeria	368	
	Reg Husares de caballeria	193	
	Escuadron carabineros	29	
	Escuadron Gral Rodriguez ³²	126	
	Blandengues	162	
	Cia de artilleria; cia de infanteria de linea y cuerpo de línea del Reg 15 de GN (en Bahía Blanca)	142	
Subtotal		1407	57,24%
Guardias nacionales	Reg 6	23	
	Reg 11	132	
	Milicias del Monte	61	
	Milicias Chascomus	174	
	Milicias Dolores	113	
	Milicias Ajo	56	
	Reg 14	343	
Subtotal		902	36,70%
Lanceros indigenas	Collinao	6	
	Cayupulqui y Teuque	47	
	Maicá	96	
Subtotal		149	6,06%
Total		2458	100%

Fuente: AGN, Sala III, Listas de revista, caja 267, 268, 269

Del cuadro se pueden hacer dos apreciaciones. Por un lado el alto porcentaje de unidades regulares enviadas para detener la agresión indígena, situación que contrasta totalmente con la estrategia defensiva del período rosista y, por otro lado, que la movilización de fuerzas excedió las previsiones sobre el alcance en el servicio de algunos cuerpos. Por ejemplo, de la comandancia centro de la frontera se desprendieron compañías con 180 efectivos del regimiento de Blandengues y un piquete del regimiento 6 de Guardias Nacionales que correspondía a los pueblos de Chivilcoy, Bragado y 25 de mayo.

¿Qué significa una fuerza de más de 2000 hombres para la defensa fronteriza? Para una situación de conflictividad similar en los años 1836-1837, el gobierno rosista llegó a movilizar 1613 efectivos entre soldados regulares (3,3%), milicianos (40,7%) y lanceros indígenas (56%); como puede verse en el cuadro, en esta oportunidad el peso de los tres cuerpos fue sustancialmente diferentes arrojando los siguientes porcentajes: 57,24% para los regulares, 36,70 para las Guardias Nacionales y solo un 6% para las milicias indígenas.

³¹ La elección de ese mes se debe a que para esa fecha, los indígenas habían batido exitosamente a las fuerzas porteñas en dos oportunidades y, como medida extrema, se había pensado en organizar una expedición militar sobre las mismas tolderías, es decir, se pensó pasar de la defensa al ataque directo lo que implicaba una mayor disponibilidad de fuerzas.

³² No se pudo encontrar el decreto de formación de este cuerpo pero en las listas de revista se explicita que es un cuerpo regular

La fuerza reunida por Rosas fue sumamente exitosa para contener la conflictividad fronteriza. Por el contrario, en esta oportunidad, a pesar del incremento de las fuerzas en un 50% con respecto a la etapa anterior, las derrotas del ejército porteño se sucedían sin posibilidad de reversión. La explicación de la ineficiencia militar puede estar en las características de las fuerzas convocadas -mayoritariamente regular y en gran parte de infantería (un 37,50%) - con escasa preparación para este tipo de enfrentamientos como denunciaba Aguilera en el epígrafe del inicio del trabajo. La discusión sobre el tipo de arma más eficaz para enfrentar los ataques indígenas había enfrentado a los hermanos Mitre en esta coyuntura. Mientras Bartolomé insistía en el uso de la artillería y la infantería para la lucha contra el indio, Emilio lo contradecía considerando que *“los indios evitan con sumo cuidado ponerse a tiro de estas armas (...). Yo creo que en estas guerras pocas veces podremos hacer uso de la infantería, si no es como punto de apoyo para nuestra caballería”*.³³

A la escasa aptitud de las tropas se sumaba un problema recurrente de los ejércitos porteños derivado de las formas de reclutamiento y de las condiciones del servicio pero también, en esta coyuntura, de la peligrosidad de la situación fronteriza: la desertión.³⁴

En el período analizado, la desertión seguía siendo un serio problema a juzgar por la reglamentación del gobierno en un intento por evitarla así como por las constantes denuncias de las autoridades de frontera. Desde mediados del año 1855, el gobernador Pastor Obligado le escribía a su ministro de guerra, Bartolomé Mitre, sobre la necesidad de expedir un decreto imponiendo graves responsabilidades a los que ocultaran a los desertores del ejército y de hacer públicas nuevamente todas las disposiciones vigentes sobre el tema para hacerlas efectivas con todo rigor.³⁵ Más allá de las constantes quejas de los oficiales, ¿hay posibilidades de medir cuantitativamente el fenómeno? El principal inconveniente para ello es que no todas las listas de revista cuentan con la misma especificidad en el registro de los efectivos. Algunas de las listas son sumamente completas, registrando las deserciones del cuerpo, los ascensos militares, las incorporaciones y las bajas del mismo y las ausencias en el momento de la revista —especificándose el motivo de las mismas como licencia, enfermedad,

³³ Carta de Emilio Mitre a B. Mitre, 24 de noviembre de 1855, *AM*, Tomo 15, p. 194-195.

³⁴ Algunos autores se han acercado al estudio de la desertión desde diferentes perspectivas: Di Meglio, G. *Viva el bajo pueblo...*; Fradkin, R. *Historia de una montonera, bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826*, Buenos Aires, siglo XXI, 2006; (con Silvia Ratto) “Desertores, bandidos e indios en la frontera de Buenos Aires, 1815-1819”, en *Secuencia*, N 75, 2009, pp 11-41 y “Territorios en disputa. Liderazgos locales en la frontera entre Buenos Aires y Santa Fe (1815-1820)”, en Gelman y Fradkin (comp.) *Desafíos al Orden. Política y sociedades rurales durante la Revolución de Independencia*, Prohistoria ediciones, Rosario, 2008. pp. 37-60; Rabinovich, Alejandro, “El fenómeno de la desertión en las guerras de la revolución e independencia del Río de la Plata. Elementos cuantitativos y cualitativos para un análisis. 1810-1829”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, en prensa.

³⁵ *AM*, Tomo 15, pág 74.

en comisión, etc. Pero otras son solamente registros nominales de los efectivos sin más aclaración sobre la situación del cuerpo e, incluso, sin el monto de los salarios y en ocasiones, algunas listas tienen un agregado –aparentemente por parte de una autoridad superior de Buenos Aires- en que se menciona que no se registran las deserciones que fueran informadas a la comisaría de guerra.³⁶

Esta poca homogeneidad en la fuente no permite un acercamiento cuantitativo muy preciso al fenómeno, no obstante lo cual, se pueden hacer algunas apreciaciones. A partir de octubre, el éxito constante de los ataques indígenas provocó una importante cantidad de muertos en los distintos cuerpos del ejército³⁷ y este peligro parece haber alentado más la deserción.³⁸ Casi todas las compañías regulares – Blandengues³⁹, Coraceros, Batallón 2 de artillería y escuadrón Gral. Rodríguez- experimentaron evasiones durante su destino en la región de Azul: entre octubre y diciembre de 1855, 69 efectivos se evadieron del servicio. En los cuerpos milicianos el fenómeno no parece haber tenido tanta envergadura, solo el escuadrón de milicias de Chascomús tuvo 4 desertores en el mes de octubre y el regimiento 11 de GN experimentó 9 evasiones entre octubre y diciembre.

Los únicos cuerpos que no registraron deserciones durante esta coyuntura ni en los años siguientes fueron los de lanceros indígenas; las listas revisadas entre 1853 y 1859 prácticamente no registraron evasiones del servicio repitiéndose año a año los nombres de los efectivos. Sin embargo, en estas divisiones existía un peligro más fuerte que la deserción: la sublevación del grupo y su retiro de la frontera. En efecto, la conversión de algunas agrupaciones nativas a la categoría de “indios amigos” no implicó, a lo largo del tiempo, un compromiso de fidelidad permanente con el gobierno de Buenos Aires; por el contrario, la relación de alianza era bastante lábil y podía transformarse en enfrentamiento si las condiciones del pacto se modificaban. En ese sentido, se registraron durante el período que se

³⁶ Tal vez, esa falta se explique por estrategias de los mismos jefes de los cuerpos por mantener el número de efectivos con el fin de recibir el mismo monto para el pago de sueldos correspondientes a un número menor de soldados. Un comentario de Alsina a Mitre se dirige a esa dirección: “Dice Frias en uno de sus partes que la guardia nacional era pequeña y entretanto según sus estados y según las raciones que se pagan, debe tener mas de 500 guardias nacionales. Dejemos todo eso”, Alsina a Mitre, 6/10/59, *AM*, Tomo 16, p. 83

³⁷ Entre los meses de septiembre y diciembre, las bajas en enfrentamientos con los indígenas fueron muy altas; por ejemplo, las milicias de Independencia al mando del general Nicanor Otamendi perdieron 124 soldados incluido el mismo general; una compañía del reg. 4 de Húsares perdió 41 hombres quedando reducida a 16 efectivos; otra compañía de milicias del Monte perdió 9 soldados.

³⁸ El mismo gobernador Obligado reconocía que “... mayor sería el numero del ejercito del sur, mas vigorosa su organización y mas decisivas hubieran sido sus operaciones si dos sublevaciones sucesivas de divisiones compuestas de contingentes de milicias no lo hubiesen privado de estos refuerzos...”.

³⁹ Vale la pena indicar que las compañías de Blandengues que registraron la mayor cantidad de evasiones, no habían sufrido deserciones en el año 1855 durante su asentamiento en Bragado.

analiza en el trabajo, algunas sublevaciones de indios amigos reducidos que, abandonando sus asentamientos en la frontera, volvieron al territorio indígena pasando a la confrontación con el gobierno bonaerense; a la inversa, nuevas agrupaciones nativas se iban incorporando al sistema en sintonía con los crecientes conflictos generados en sus espacios

Como se dijo al inicio del trabajo, el uso de lanceros indígenas como auxiliares del ejército porteño comenzó a aplicarse durante el período rosista y probó ser altamente eficaz tanto en la defensa fronteriza como en la represión de la rebelión de los Libres del Sur.⁴⁰ Pero, a diferencia de ese momento, en esta coyuntura el peso numérico de estas milicias fue insignificante. La explicación es sencilla y hace referencia a lo anotado más arriba: los grupos que se habían sublevado en la región de Azul y se habían unido a la ofensiva fronteriza, eran los que habían representado la mayor parte de la fuerza miliciana indígena rosista. Solo se mantuvo una tribu en servicio en ese espacio, la compañía de indios amigos del cacique Maicá que a partir de ese momento comenzó a revistar de manera estable como un cuerpo auxiliar.⁴¹

Esta inestabilidad de la fuerza miliciana indígena es clara si se analizan las fuerzas estimadas por los presupuestos provinciales para cada fuerte fronterizo. En el cuadro siguiente se pueden apreciar los bruscos cambios en la cantidad de lanceros disponibles a lo largo de la década

CUADRO 2. Fuerzas indígenas en la frontera (incluye oficialidad y tropa).

Fuertes	1855	1856	1857	1858	1859	1860	1861
Bragado	60	68	71	71	71	71	71
25 de Mayo	89	96	47	S/d	7	45	45
Junin	91	12	12	10	10	S/d	S/d
Bahia Blanca	59	59	59	63	77	63	63
Azul	33	95	69	75	73	75	75
Patagones					101	89	89
Totales	332	330	258	219	339	343	343

Fuente: Diario de Sesiones del Estado de Buenos Aires.

En parte, la escasa solidez de estas alianzas dependía de la habilidad de ciertos oficiales por captar a los jefes étnicos. Esta “personalización” de los vínculos interétnicos tiene su origen en que los últimos no se relacionaban con poderes abstractos como “el gobierno” de determinada provincia sino con personas concretas con las que habían

⁴⁰ Ratto, Silvia, “Soldados...” y Gelman, Jorge, “La rebelión ...

⁴¹ Es muy probable que, en pago a ese servicio, se haya convertido en el primer grupo que obtuvo tierras en la provincia de Buenos Aires en una fecha tan temprana como 1856. Las tierras entregadas formaron un poblado que tuvo el significativo nombre de Villa Fidelidad y que, en la actualidad, sigue designando un barrio periférico de la ciudad de Azul. (de Jong, Lanteri, Pedrotta y Ratto, “Políticas oficiales...”).

establecido lazos de confianza. Esta circunstancia hacía al éxito y/o fracaso del curso diplomático en las relaciones interétnicas en la medida en que se mantuvieran y/o reemplazaran los considerados “interlocutores válidos” para los indígenas. En los convulsionados años de inicios de la década de 1850 los cambios en las alianzas políticas criollas arrastraron consigo a los caciques. El caso del cacique Collinao muestra claramente estos cambios de facción. Desde el año 1846 Collinao con sus indios de pelea, había abandonado su asentamiento original en Bahía Blanca para pasar a integrarse como compañía de indios amigos en el regimiento dirigido por el coronel Aguilera por la zona de Azul. De allí, y siguiendo al teniente Juan Aguilera y al coronel Eugenio del Busto, formó parte de la expedición fundadora del pueblo de Bragado. En dicho pueblo, se incorporaron a la división los jefes Melinao y Reilef a quienes se les repartió solares cuando se hizo la traza del mismo. Más tarde, participaron como compañía auxiliar al mando de Del Busto en la batalla de Caseros y acompañaron a este oficial y a Laureano Díaz como cuerpo auxiliar de Blandengues, en su apoyo al sitio de Lagos de diciembre de 1852. Tres años más tarde, seguían acompañando a Díaz y revistando como “compañía del Regimiento de Blandengues” en Bragado. Pero ahora, Díaz, se encontraba al frente de la comandancia del centro y formaba parte de la Plana Mayor de ese regimiento de caballería. Como puede verse en el cuadro, esta división se mantuvo con pocas variaciones en los años analizados.

El fuerte de Patagones recién registra unidades regimentadas de lanceros indígenas en el año 1859. Si bien en el año 1857, el gobierno de Buenos Aires había firmado un tratado de paz con el cacique Yanquetruz, en el mismo no se hacía referencia al servicio miliciano de estos indios. Pero, dos años después, el asesinato de Yanquetruz llevó a la firma de un nuevo acuerdo para ratificar las paces, esta vez con los caciques Chingoleo y Cheuqueta. En esta oportunidad, Vezub señala que el tratado especificaba la mejora en el monto de las raciones y el otorgamiento de sueldos para los soldados indios “dependientes del gobierno”⁴².

La fuerte disminución de las divisiones de 25 de Mayo y de Junín se explica por sublevaciones de algunos grupos de indios amigos. En mayo de 1856, en su discurso de apertura del Congreso, el gobernador Obligado informaba que unos setenta indios amigos que formaban parte de la división de lanceros del Fuerte de Junín “ha desertado su puesto con sus familias internándose a la pampa”. Poco después, en el primer fuerte, se produjo una sublevación de indios encabezada por el mayor Andrés y el indio Cristo. Según el informe del comandante Antonio Llorente se había producido la “fuga de 26 indios de este punto

⁴² Vezub, Julio, *Valentín Saygüequé y la Gobernación Indígena de las Manzanas. Poder y etnicidad en la Patagonia septentrional (1860-1881)*. Prometeo, Buenos Aires, 2009, p. 153.

después de estos fugaron 4 que asen el numero de 30 incluso tres oficiales por la brevedad con que me dirigi a ellos esa noche de la fuga tuvieron que abandonar de las familias de las que me apodere en el acto...”.⁴³ Los motivos de la sublevación no eran muy claros. Según Llorente, “por mi no ha havido ninguna clase de motivo para que los indios se disgusten” suponiendo que “esto es trabajo que han tenido desde que comenzaron a venir los chasques de Calfucura...”.⁴⁴ Santiago Avendaño, que no disimula en sus memoria el fuerte rechazo que le producía la figura de Manuel Baldevenito, presentaba una versión sumamente detallada pero poco objetiva de los hechos en donde adjudicaba la culpa del levantamiento a éste para quien Cristo (o Cristobal Carrilang) era un contrincante que le hacia sombra (¿), y que no veía ocasión “para deshacerse de un rival tan fuerte y orgulloso”⁴⁵.

Aun cuando no quede muy claro el motivo de las sublevaciones lo cierto es que el contexto para evitarlas –por parte del gobierno- y/o de llevarlas a cabo –por parte de los líderes nativos- había cambiado con respecto al periodo rosista. En ese momento, el negocio pacífico había logrado articular una red de alianzas con gran parte del mundo indígena; el único grupo que se resistía al pacto con el gobierno bonaerense era el ranquel que, durante la década de 1840 experimentaba un periodo de fuerte decadencia. Por el contrario, en la década siguiente, estos últimos así como los grupos salineros que respondían a Calfucurá gozaban de una notable prosperidad obtenida por la doble vía de su alianza con la Confederación de donde percibían raciones y las campañas de apropiación de recursos dirigidas sobre la frontera bonaerense.⁴⁶

Al igual que en el período rosista, es difícil responder a qué tipo de unidad del ejército representaban los lanceros indígenas: de línea o miliciano. Algunas divisiones, como la de Collinao, figuran como cuerpos dentro de la estructura de un regimiento de línea. Sin embargo, las categorías utilizadas en el escalafón militar y los sueldos cobrados no tienen relación con el ejército porteño. En casi todos los casos se mantienen –en los grados más altos- las categorías de la estructura militar indígena: caciques y capitanejos y luego *se tiende* a una equiparación, en el nombre, de jerarquías criollas –tenientejos, alfereces, sargentos y cabos- y tropa. Solo en el caso de la división de Collinao se registra, en un nivel más bajo que soldado, la categoría de “muchacho”. Decimos que *se tiende* a la equiparación ya que

⁴³ Antonio Llorente, comandancia de 25 de Mayo, 22 octubre 1856, AGN,X,19.4.5.

⁴⁴ Llorente al ministro de guerra Mitre, 25 de Mayo, 27 de octubre 1856, AGN,X,19.4.5

⁴⁵ Avendaño, Santiago, *Memorias del ex cautivo Santiago Avendaño*. Buenos Aires, El elefante blanco, 2000.

⁴⁶ Ratto, Silvia, “Tiempos de abundancia para Calfucurá: raciones, obsequios y malones en las décadas de 1840 y 1850”, en Villar, Daniel y Juan Francisco Jiménez (editores). *Amigos, hermanos y parientes. Líderes y liderados en las Sociedades Indígenas de la pampa centro oriental (siglo XIX)*. Bahía Blanca, Centro de Documentación Patagónica, Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, 2011, pp. 172-197.

ésta se hace solamente en el nombre porque los sueldos cobrados por los lanceros no tienen ninguna relación con los pagados en el ejército criollo. Los caciques, los cargos más altos de la jerarquía, cobran 510 pesos, monto que recibían los alfereces y subtenientes criollos; los capitanejos percibían 250 pesos y los tenientejos o alfereces indios 165 pesos, salarios que no tienen equivalente en el ejército provincial. En los cargos de cabos y soldados los estipendios son iguales (120 y 100 pesos respectivamente) y los “muchachos” perciben solo 20 pesos.⁴⁷

En el último año del gobierno de Obligado la conflictividad comenzó a disminuir. En diciembre de 1856 las fuerzas porteñas lograron su primer triunfo sobre los indios invasores y a partir de ese año no volvieron a registrarse encuentros de envergadura en la frontera debido a las paces firmadas con los principales caciques de la pampa: en 1856 con Catriel – que regresó a su asentamiento en Azul- y en 1857 con el cacique Yanquetruz –cercano al fuerte de Patagones-; la situación de violencia revirtió en la frontera y se pasó a un nuevo periodo de calma donde se restableció el sistema de racionamiento de los indios amigos desarticulado por los conflictos anteriores.

“Los enemigos de usted o mas bien la canalla Rosina y urquicista propala contra usted las mayores inepticias”.⁴⁸

El 5 de mayo de 1857, Valentín Alsina asumió como gobernador de Buenos Aires luego de unas votaciones bastante agitadas. En el año anterior, las elecciones legislativas habían significado un fuerte revés para la lista oficialista por parte de la oposición federal que, según Scobie, se vio “favorecida por un amplio respaldo popular sobre todo en la campaña”. Para los comicios de 1857 no se quería repetir la experiencia y el oficialismo no dudó en utilizar mecanismos de presión para garantizar el éxito. La represión oficial descargada sobre la oposición fue denunciada reiteradamente en la prensa y la legislatura porteñas. Pero la estrategia fue exitosa y las elecciones fueron favorables a la lista oficial y poco después Valentín Alsina fue elegido gobernador. Las críticas al gobierno se mantuvieron en los primeros años de su gestión y la situación de la frontera fue un tema predilecto en ellas.

Entre junio y julio de 1857 se tomaron medidas que tendían a incrementar las fuerzas militares del Estado, tanto regulares como milicianas. En el último caso, el primer decreto del período establecía un incremento en el número de regimientos de caballería, que pasaron de 14 a 17. Los regimientos mantendrían un cuerpo veterano y solo una vez organizados dichos

⁴⁷ Esta distorsión en los sueldos de indígenas y de criollos se mantuvo en el periodo posterior. Ratto, Silvia, “Estado y cuestión indígena en las fronteras de Chaco y la pampa (1862-1880)”, en *Revista de Ciencias Sociales*, segunda época, No 20, primavera 2011, UNQ, pp. 7-27.

⁴⁸ Alsina a Mitre, 4 de marzo de 1858, *AM*, Tomo 18, p. 11

cuerpos el mando de los mismos podría pasar a “ciudadanos particulares... vecinos de los distritos y que reúnan las indispensables calidades de idoneidad”. Para incrementar el número de Guardias Nacionales se recortaron algunas de las excepciones vigentes ordenándose el enrolamiento como guardias nacionales de caballería “a mayordomos y capataces de establecimientos de campo de vacunos lanares o caballares; estos solo podrán ser exceptuados si el valor del establecimiento a su cargo excede los 4000 pesos metálicos.⁴⁹ Con estas nuevas disposiciones, el Registro Estadístico del año 1857 indicaba que se encontraban registrados 19.867 Guardias Nacionales; dos años antes la cantidad de enrolados era de 9.774 personas con lo cual se había más de duplicado la disponibilidad de milicianos.⁵⁰ Con respecto al ejército regular, un decreto del 5 de junio de 1857, establecía la organización de un 6to regimiento de caballería de línea con la denominación Cazadores de Buenos Aires que debía tener la misma composición que los anteriores. Para incentivar su formación se intentaron mejorar las condiciones del enganche.⁵¹

Con las fuerzas militares incrementadas el gobierno porteño decidió tomar la ofensiva en asuntos indígenas y envió dos expediciones a territorio indígena: una desde el norte contra las tolderías ranqueles y otra desde el sur hacia los grupos salineros. Ambas fueron planeadas con altas expectativas de éxito y ambas terminaron en sendos fracasos. La expedición que partió desde el sur estaba dirigida por el coronel Wenceslao Paunero que había creído captar a un cacique de Calfucurá –Cañumil- quien lo ayudaría a llegar a las tolderías de Salinas; la suposición se sustentaba en que Cañumil había decidido abandonar el asentamiento de Salinas y negociar de manera autónoma su vínculo con el gobierno de Buenos Aires proponiendo su asentamiento en la frontera. Para Paunero, esto le permitía pensar que:

*“Tenemos casi seguridad de repasar a Cañumil de Calfucurá; al menos él lo promete y yo para asegurarme le he pedido rehenes muy en secreto. Su contestación no puede tardar tres días y después sabremos que convendrá hacer mas, si atacarlo lo cual es facil o seguir embrollandolo hasta mejor oportunidad. Creo a los indios tan desconcertados y divididas las tribus que en este verano seremos dueños del territorio hasta Salinas, por poca actividad que empleemos”.*⁵²

⁴⁹ ROBA, 13/8/58

⁵⁰ Registro Estadístico del estado de Buenos Aires (REBA), 1857, p. 87 y REBA, 1855, p. 79-80.

⁵¹ Para la caballería el tiempo de servicio sería de 4 años y el pago de 4000 pesos entregados de la siguiente manera: 1000 al engancharse, 1000 al inicio del segundo y tercer año y 1000 al final del ultimo año. Para los cuerpos de infantería y de artillería los tiempos de servicio y el pago eran iguales pero cambiaba la forma de recibir el estipendio: 1000 en el momento del enganche, 666,2 al principio de los tres años restantes y 1000 al final del último. Los reenganchados percibirían como premio, 1500 al final del servicio en vez de los 1000. En ROBA, 30/6/57

⁵² Paunero a Mitre desde campamento en Sauce Chico, 9 de enero de 1858, en AM, Tomo 17, p. 54-55.

Lo cierto es que el ejército no contó con la colaboración de Cañumil y a su llegada a los toldos, respondiendo a la estrategia defensiva indígenas, éstos se hallaban prácticamente vacíos quedando solamente algunas mujeres, niños y ancianos.

La expedición del norte, dirigida hacia los ranqueles se inició con las mismas expectativas de éxito pero a fines de diciembre y luego del ataque a unos toldos ranqueles, Emilio Mitre notificaba su “penosa marcha en retirada”, la pérdida de 6 hombres extraviados en los montes y la quema de los montajes de los cañones con el objetivo de inutilizarlos ya que “resulta imposible llevarlos de vuelta”.⁵³ El fracaso de las expediciones fueron rápidamente difundidas en Buenos Aires donde según le escribía el coronel Sandalio Boer a Mitre, “... los enemigos personales del doctor Alsina, Obligado, etc, municipales algunos, esparcieron noticias de la disolución de la fuerza del coronel Mitre y de los cañones dejados en el desierto a consecuencia de la persecución de los indios **que ellos habian fraguado con objeto de desprestigiar....**”. Las críticas eran tan fuertes que el mismo gobernador le notificaba a Mitre que “Su ultimo parte del 26 fue algo modificado, sin faltar en nada a la verdad sustancial de los hechos: no quise dar asidero alguno a estos bribones”.⁵⁴

Pero aunque las expediciones no lograron destruir los principales asentamientos indígenas, consiguieron obtener prisioneros indígenas y generaron una creciente hostilidad de ranqueles y salineros hacia el gobierno porteño. En esas circunstancias, el cacique Calfucurá le escribió a Urquiza exhortándolo a que “tomara Buenos Aires para terminar con las invasiones de los cristianos a sus toldos”. Las relaciones con la Confederación se fortalecieron más y desde mediados del año 1858 comenzó a difundirse en Buenos Aires el rumor de una invasión indígena alentada por el gobierno de Paraná, como había sucedido en el año 1853.⁵⁵ El rumor era cierto. En el mes de mayo de 1858 el coronel Federico Olivencia, edecán de Urquiza, se dirigió a las tolderías de Calfucurá con un piquete de 43 soldados cargado de regalos para el cacique y permaneció en Salinas por espacio de 6 meses. Pero esta vez la estrategia de Urquiza no se limitó al cacique de Salinas. Además de intentar captar a Calfucurá, había logrado convencer al coronel Pedro Rosas y Belgrano –devenido colaborador de la Confederación- para que movilizara su vieja relación con el cacique Catriel, asentado en Tapalqué y al coronel Manuel Baigorria para hacer lo propio con los

⁵³ Emilio Mitre a Bartolomé Mitre, 21 de enero de 1858, en *AM*, Tomo 18, p.85.

⁵⁴ *AM*, Tomo 18, p.52 y ss

⁵⁵ Ratto, Silvia, “Entre las tolderías y las estancias. Diplomacia e intercambio en tiempos de la Confederación”, en *Revista de Estudios Trasandinos* No. 16 (1), 2010, pp. 55-76.

ranqueles.⁵⁶ De esa manera, contaba con colaboradores que podían movilizar continentes indígenas a lo largo de toda la frontera bonaerense.

El primer ataque indígena se produjo en el mes de marzo sobre la región de Bahía Blanca.⁵⁷ Para entonces, las fuerzas existentes en la zona constaban de cuatro compañías del Regimiento de Granaderos a caballo (con un promedio de 46 efectivos por compañía) que estuvieron asentadas de enero a octubre entre Napostá, Sauce Grande y Bahía Blanca; 2 compañías de Guardias Nacionales auxiliares de caballería con un total de 60 efectivos que permanecieron hasta mayo por la región de Ventana y Napostá; la Legión Militar con cerca de 200 efectivos; y, en el pueblo de Bahía Blanca, las compañías de infantería, artillería y caballería de línea con poco más de 90 efectivos, dos compañías de Guardias Nacionales con 85 milicianos y el cuerpo de 66 lanceros indígenas que ahora se hallaba regimentado y cobraba sueldos mensuales.

Se suponía que la ofensiva indígena se mantendría por el sur de la provincia y ello derivó en el reacomodamiento de algunos cuerpos. La estrategia de Urquiza de crear varios frentes de conflicto al gobierno de Buenos Aires parecían dar sus frutos según se trasluce de las constantes comunicaciones entre Alsina y Mitre. El gobernador informaba al jefe del Ejército de Operaciones⁵⁸ que había ordenado el desplazamiento de los Granaderos hacia Azul pero la medida había provocado el reclamo de los vecinos de Bahía Blanca que a pesar de contar con las fuerzas del poblado y la Legión Militar se sentían desprotegidos. Para Alsina el reclamo era justo pero ponía al gobierno en una posición difícil ya que *“¿Contestara el gobierno en casos tales a esas poblaciones: eso no importa, sufran y perezcan ustedes; lo importante es el Norte, allí se ha de decidir la cuestión, etc? Ni el nombre de gobierno merecería quien tal dijese. Las poblaciones de las fronteras miran ante todo y como es muy natural por sí mismas, por sus familias, por sus intereses y no puede exigírseles tan alta filosofía como para conformarse con aquel modo de ver. ... el asunto frontera era hoy tan importante para el éxito de la causa, como el asunto ejército de operaciones y que “el*

⁵⁶ El coronel unitario Manuel Baigorria había buscado refugio en las tolderías ranqueles durante el gobierno de Rosas y allí había permanecido por espacio de 11 años. Durante su larga estadía había establecido fuertes relaciones personales con algunos caciques, entre ellos el jefe Coliqueo de quien era yerno por haber aceptado como esposa a una de sus hijas.

⁵⁷ AGN, X,20.2.1. A mediados de año la política de hostigamiento se centró en el norte de la provincia con una serie de pequeños ataques sobre los fortines Arévalo, Esperanza y General Rodríguez cuando el gobierno porteño ya se hallaba reuniendo las fuerzas para el enfrentamiento con la Confederación. Otras partidas de indios se internaron desde Santa Fe hacia el norte de Buenos Aires con el objetivo de apoderarse de las caballadas del ejército porteño ya asentado en Cepeda.

⁵⁸ En mayo de ese año Bartolomé Mitre había dejado transitoriamente el cargo de ministro de guerra para ejercer la comandancia del ejército de operaciones.

*individuo” mira con mas ardor y decisión lo que le afecta a el inmediatamente que lo que afecta ala causa general.”*⁵⁹

A pesar de esas expresiones, la concentración de fuerzas en el norte era imprescindible por lo que, no solo se movilizaron cuerpos hacia la región de Azul, sino que algunos regimientos de línea siguieron la marcha hacia San Nicolás. Ignacio Rivas, comandante de la frontera sur con asiento en Azul debía incorporarse al Ejército de Operaciones con el Batallón 3 de artillería de Línea y el regimiento de Coraceros quedando a cargo de la comandancia su segundo jefe, Benito Machado con el regimiento 17 de Guardias Nacionales, el escuadrón Escolta y los Dragones. Como se verá mas adelante, el desplazamiento de la mayor parte de los cuerpos regulares derivó en una mayor presión sobre los Guardias Nacionales para el servicio de frontera.

El punto culminante de la conflictividad interétnica se produjo, luego de la batalla de Cepeda, con la toma de los pueblos de Azul y Tapalqué por parte de Rosas y Belgrano y sus indios aliados. El de noviembre de 1859, Pedro Rosas y Belgrano entró al pueblo de Azul y con numerosas fuerzas indígenas de Calfucurá puso sitio al mismo, cortando toda comunicación con el resto de la provincia al punto que “no se reciben noticias de la capital y unos chasques que hemos mandado no han podido romper la línea de los Indios que nos tienen sitiados e incomunicados”.⁶⁰ Durante la ocupación del pueblo, los grupos catrieleros mantuvieron su neutralidad y no aportaron contingentes a Rosas y Belgrano pero tampoco auxiliaron en la defensa. La invasión se extendió a Tandil donde, el 15 de noviembre, unos 30 soldados al mando del comandante Juan Linares se presentaron al comandante “todos con divisa punzó... dando a su entrada tres vivas al presidente de la Confederación Argentina y a Don Pedro Rosas y Belgrano a los que este vecindario no contesto”. Cinco días después, el coronel Machado había logrado reunir fuerzas suficientes para volver a tomar la plaza. La ocupación de Azul fue un poco más larga pero a inicios de diciembre las autoridades porteñas lograron recuperar el pueblo.

⁵⁹ Alsina a Mitre, 13/9/59, *AM*, tomo 16, p. 50.

⁶⁰ AGN,X,20.2.1

CUADRO 3. FUERZAS MILITARES EN LA FRONTERA SUR. 1859.

Fuerzas regulares	Cantidad de Efectivos	Lugares de servicio
Reg Granaderos a caballo (4 cías con un promedio de 46 efectivos cada una)	185	Traslado desde Bahía Blanca a Tandil desde el mes de octubre
Regimiento 2 de Coraceros (6 cías con un promedio de 37 efectivos)	222	Desde septiembre en Tapalque
Escolta del Gobierno	89	Todo el año en Azul.
Subtotal	496 (27,38%)	
Fuerzas milicianas		
Regimiento 17 de GN Sol de mayo (9 cía y 1 de flanqueadores)	870	Desde septiembre en Azul (solo queda una compañía de 70 efectivos en Tandil) y desde en octubre toda la fuerza nuevamente en Tandil)
Guardias Nacionales auxiliares de caballería (2 cías)	60	Desde junio en Azul
1 cía GN caballería Reg 16 GN	120 82	Desde octubre en Fortín Estomba
Contingente del partido de Pila	23	Todo el año
Cía de GN de Azul	105	Todo el año
Subtotal	1260 (69,56%)	
Lanceros indígenas		
Cía de indios amigos (Maica)	55	Todo el año
Subtotal	55 (3,06%)	
Total	1811	

Fuente: AGN, Sala III, Listas de revista, cajas 281, 282, 283.

Lo que puede verse en el cuadro es un cambio total en la composición de las fuerzas donde claramente son los Guardias Nacionales los que llevan el peso de la tarea en tanto los cuerpos regulares -que siguen manteniendo una relación pareja entre caballería e infantería- parecen servir solo de complemento. La cantidad de efectivos del regimiento 17, correspondiente a los partidos de Lobería y Mar Chiquita, no puede dejar de señalarse: 870 soldados! Lamentablemente el *Registro Estadístico* de ese año no aporta información sobre la población de esos partidos lo que impide, por el momento, hacer una estimación sobre el impacto de la movilización de las nueve compañías que conformaron la fuerza miliciana. Lo que parece claro es que, en momentos en que la defensa de la frontera se conjugaba con otros conflictos políticos, eran los GN los que se cumplían mayoritariamente la primera función. Si resumimos los datos obtenidos para las dos coyunturas, se ve que el porcentaje de cuerpos regulares disminuyó de un 57,24 a un 27,38%; las Guardias Nacionales crecieron de un 36,70 a un 69,56%.

Lo que no se modificó con respecto al año 1855 fue la escasa incidencia de los lanceros indígenas que, incluso disminuyó en un 40% sus efectivos. Como hemos señalado, desde 1856, los grupos que respondían a Catriel habían vuelto a su localización tradicional de

Azul pero no habían apoyado la ocupación federal ni tampoco su expulsión. La estrategia de neutralidad del cacique pampa no puede dejar de señalarse ya que desde hacía más de un año recibía voluminosas raciones por parte del gobierno pero, a diferencia de otras épocas, esto no parece haber derivado en un compromiso de ayuda militar.⁶¹ Para el comandante de la frontera sur, coronel Ignacio Rivas, la explicación era sencilla. Antes de la invasión, se había informado que un chasque mandado por Pedro Rosas había conferenciado con el cacique pampa “proponiéndole dar a el y sus caciques el doble de lo que yo ofrecí a nombre del gobierno, siempre que los auxiliase en esta guerra... que en el caso no quisieran tomar parte en la lucha a favor de ellos, que al menos se mantuviese neutral y en esa caso le darían las mismas recompensas que el gobierno le ha ofrecido para que se presten a servir”.⁶²

La estrategia de Catriel fue doblemente ventajosa para la agrupación. De todos modos, creemos que no puede dejarse de lado la importancia de los vínculos personales en la captación de las milicias indígenas. Rivas no se caracterizó durante su desempeño en la frontera, al menos en este período, por una actitud de acercamiento al Catriel. Por el contrario, el coronel intentó aplicar una estrategia ya probada en otros momentos y en otras fronteras con el mismo escaso éxito que tendría aquí: crear una división entre los caciques apoyándose con el cacique Lucio al que prometió raciones equivalentes a las de Catriel si le prometía ayuda militar. Al partir Rivas al norte había logrado el compromiso de una ayuda de lanceros pero al emprender la marcha “los 300 indios que fueron captados volvieron a Azul”.⁶³

Luego de la batalla de Cepeda, la tensión empezó a revertirse y se instaló una mayor predisposición en las autoridades porteñas e indígenas por retomar el trato pacífico. Uno de los principales móviles en este cambio de estrategia se encontraba en la mutua necesidad tanto de los indígenas como de algunos puntos fronterizos por reanudar los contactos comerciales.⁶⁴ Pero esta reversión de la conflictividad interétnica no significó un desentendimiento del gobierno por el tema fronterizo.⁶⁵ A lo largo del año 1860 se establecieron una serie de medidas en torno al problema de la seguridad: división de la frontera en cuatro comandancias (norte, centro, sur y costa sur); creación de un 18vo

⁶¹ Desde el año 1858 se registraba una suma de 187.880 pesos anuales gastados en las raciones de los grupos catrieleros, monto equivalente a los sueldos de la compañía de Maicá por todo un año.

⁶² Rivas a Mitre, 28/7/1859 *AM*, Tomo 16, p. 31-32

⁶³ Alsina a Mitre, 13/9/1859, *AM*, Tomo 16, p. 50.

⁶⁴ Ratto, Silvia, “Entre las tolderías...”

⁶⁵ El 25 de noviembre de 1859 el ministro de guerra, Gelly y Obes renunciaba a su cargo “Agotado mi sufrimiento por el distinto modo de ver tanto en la política adoptada por el gobierno como en las medidas militares para guardar la frontera y reposición de las autoridades de campaña. *AM*, Tomo 16, p. 318.

regimiento de Guardia Nacional de caballería de campaña y reorganización de las fuerzas afectadas al servicio de cada departamento fronterizo.

En 1861, durante el enfrentamiento de Pavón se volvió a repetir el esquema de defensa fronterizo de 1859: la mayor parte de los cuerpos regulares se concentraron en el norte de la provincia y la defensa de la frontera quedó en mayor de los regimientos de Guardias Nacionales de Caballería de campaña.

Conclusiones

Este trabajo se propuso identificar la estrategia del gobierno de Buenos Aires con respecto a la defensa de la frontera confrontándola con el periodo rosista. Durante el año 1852 se continuó con la política de racionamiento que fue el sustento material del “negocio pacífico” pero una vez concretada la separación de la provincia porteña y ante la primera coyuntura conflictiva en la frontera, en el año 1855, el esquema defensivo fue totalmente diferente al que había sido utilizado durante el período rosista. La decisión del gobierno fue enfrentarse a las fuerzas indígenas como si se tratara de un ejército enemigo convencional utilizando la artillería como el arma principal y apelando en muy escasa medida a los lanceros indígenas. Y aunque la estrategia demostró claramente su ineficacia, reflejada en constantes derrotas militares, esa estructura defensiva se mantuvo durante todo el año. Además, el escaso peso de los lanceros indígenas, situación que escapaba a las posibilidades del gobierno debido a la sublevación de quienes habían sido los principales grupos milicianos, quitó otro elemento que había sido altamente efectivo en otros tiempos.

En las siguientes coyunturas analizadas con las listas de revista, la fotografía lograda mostró una reversión en el tipo de fuerzas utilizadas y un retorno al esquema rosista. Pero esta modificación, ¿se debió a un reconocimiento de la ineficiencia del ejército regular en la lucha con el indio o se trató de una situación de hecho en un contexto en el que el primero se hallaba concentrando en otros conflictos militares debiendo recurrirse indefectiblemente a las milicias locales? La historia que sigue tendería a apoyar la segunda idea. Como hemos analizado en otro trabajo, en el contexto de la guerra del Paraguay, el gobierno nacional disminuyó la cantidad de efectivos veteranos en las fronteras apelando al uso de Guardias Nacionales y, nuevamente con mayor énfasis, a los lanceros indígenas.⁶⁶

Un segundo aspecto que permite ver la ineficacia del gobierno en su política fronteriza se vincula con las expectativas y los escasos logros de las campañas ofensivas que

⁶⁶ Ratto, Silvia, “Estado y cuestión indígena...”

se llevaron a cabo en el año 1858. En cuanto a las primeras, se puso nuevamente en evidencia el escaso conocimiento que tenían los militares a cargo del diseño de la política oficial sobre las estrategias militares de los indígenas –abandonar las tolderías cuando sabían del avance del ejército- y, aún, sobre la geografía del territorio indígena –como se reflejó en la “penosa retirada” del ejército de Mitre y en el extravío de algunos soldados-. Elemento adicional que llevó al fracaso de esta ofensiva fue la creencia de que se podía provocar una rápida y sencilla división entre líderes nativos pertenecientes al mismo grupo. La suposición de Paunero sobre la colaboración de Cañumil, segundo de Calfucurá fue un enorme error de cálculo. La negociación de paces, y con ello, de raciones por separado no implicó, en este caso, una ruptura del vínculo entre los caciques. Pero para llegar a esa deducción era necesario conocer con mayor detalle las prácticas diplomáticas y políticas de los líderes nativos, algo que, por el momento, pocos jefes de frontera podían demostrar.